

Julián Granada

De Humanidad y polilla

Todas las caras de Ferrer Guardia



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: collage de Julio Vivas. Fotografías © Fundació Francesc Ferrer

Primera edición: junio 2009

© Julián Granada, 2009
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

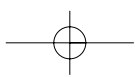
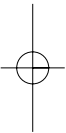
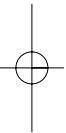
ISBN: 978-84-339-7194-4
Depósito Legal: B. 14737-2009

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl. Múrcia, 36
08820 Sant Boi de Llobregat



*A Alberto, por las luces.
Y a Caramelo, por la penumbra.*



Sobre el anarquista Francisco Ferrer Guardia, fusilado en Montjuïc en el año 1909, su hija Sol publicó dos biografías. La tercera y definitiva no la escribiría jamás.

Sólo sobrevivirán la Humanidad y la polilla.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

I. MEJOR HUÉRFANOS DE NADIE

Según sus cálculos, no contaría más allá de nueve años el día en que se fugó del internado. Era mediodía de un domingo, cuando las colegialas acudían a la capilla para asistir a misa. Distráida, la religiosa encargada del orden en la fila no se ocupaba de lo que ocurría a su espalda. Tampoco se divisaba al señor Jules, único miembro masculino de la institución, tras los cristales de la conserjería. Y, para colmo de excepciones, al vigilante cancerbero se le había pasado atrancar debidamente el portón de entrada, que se mostraba abierto a medias. Por la imprevista ranura se colaba un raudal de sol que le deslumbró los ojos alestargados por la penumbra conventual. No se resistió a la ocasión. En menos de lo que se tarda en pensarlo había traspuesto el pesado postigo y se hallaba al otro lado de él.

Echó a andar calle abajo, animada por la feliz impresión de que los hombres y mujeres con quienes se cruzaba no reparaban en su presencia. Es más, ni siquiera desviaban sus pasos para no colisionar con la chiquilla, que era la que debía apartarse para evitar ser atropellada. Aunque eso era incómodo, tenía la ventaja de hacerla sentir incorpórea.

Y ese estado era mucho más llevadero que el que le inspiraba el internado, con su vericuetto de pasillos y celdas, convento que era desde el siglo XV, ininterrumpidamente si no hubiera

sido por el macabro entreacto dictado por el terror jacobino, que lo empleó como prisión de aristócratas caídos en desgracia. Un secreto empecinamiento le había impedido aprenderse aquella intestina geografía para confinados, con sus horarios concebidos como disciplinas de la voluntad y sus normas como abono de la obediencia religiosa. De no haberse escapado, cualquier otro día podría haberse perdido en un ángulo muerto de aquel perverso laberinto, como corre el riesgo de perderse alguien en una casa que no es la propia.

O como corría el riesgo de perderse su identidad dentro de aquel nombre, Carmen de Moering, que ella sabía no era el suyo. Sería por no volver a escucharlo por lo que desde hacía semanas el mundo había enmudecido a su alrededor. Las voces de monjas y compañeras abortaban a flor de labios, y la sagrada liturgia a la que en estos momentos había rehusado asistir se habría reducido —ya lo había comprobado antes— a un oficio de sordos latines, que las velas estarían proyectando contra los muros de la capilla, en medio de un mudo silencio de sombras. Una ceremonia a la que hubieran amputado el sonido, como en una sesión de la linterna mágica.

Mientras caminaba, sus oídos continuaban como tapiados, insensibles al ajetreo de la calle. No obstante se sintió reconfortada cuando, al volver la vista, ya no divisó rastro alguno del colegio, con su fachada de mezquinos ventanucos rematada por buhardillas ciegas, cuyo acceso estaba terminantemente vedado a las internas, pese a la vulgar condición de trasteros de aquellos desvanes. Ni siquiera se veían ya los techos de pizarra, lo que le indicó que se encontraba a cuatro o cinco manzanas del edificio. Más lejos de lo que nunca había llegado a pie, bajo la atenta custodia de miss Hendersson.

Era consciente, sin embargo, de que aún no había abandonado el *quartier*. Atuendos y modales eran los mismos que transitaban por la calle cuando el aya la acompañaba al parque, alguna que otra tarde. Damas de vistosos sombreros y polleras

ampulosas, que copaban la acera con sus andares de irritante parsimonia. Caballeros atildados, casi siempre provistos de su inservible bastoncito de caña, que cedían el paso a las majestuosas señoras mientras inclinaban levemente el costillar y alzaban el bombín mostrando la coronilla.

Prosiguió por el boulevard Berry (el nombre había sido suntuosamente inscrito en mármol) sin demorarse en la perfecta contemplación de los parterres y setos geométricos, que repetían hasta la extenuación un panorama inmutable en su placidez. Los mismos coches de punto tirados por caballos de elegante trote, y los mismos viandantes de la buena sociedad, como réplicas de un molde singular.

La longitud de la avenida empezaba a pesarle en las piernas.

Son contradictorios los datos acerca del camino por el que abandonó Neuilly-sur-Seine. No le consta que lo hiciera por el Bois de Boulogne, como tampoco que cruzara el río (en esa época del año muy caudaloso) por el puente de piedra. El tiempo transcurrido ha deformado el sentido de la distancia, al igual que el de la realidad.

En cualquier caso, es verosímil que recalara en la zona de Levallois-Perret, y que en los días siguientes recorriera sin rumbo la región que circunda París por el noroeste. Como su imprecisa memoria, la comarca carecía en 1899 de detalles geográficos dignos de hacerse recordar. La ocupaban, en su totalidad, los vastísimos campos de cereal que abastecían la capital. Cegada por el dorado resplandor del trigo, la niña erraría durante días enteros por veredas aldeanas, transitadas por las cuadrillas de segadores. Es probable que en los alrededores de Cergy se topara, junto al trigal, con algún paisajista ensimismado frente al caballete, pugnando por captar con furiosas pinceladas la abstracción de aquel mar amarillo.

Caminaría en círculos, alimentándose de las frutas y horta-

lizas que dejaban caer junto a la cuneta los carretones del abasto. Dormiría al raso, o en graneros y pajares que encontrara. Viajaría a pie, o encaramada encima de la montaña de heno, sin que el propio boyero se percatara de la pequeña pasajera que transportaba. Puede también que subiera a alguno de los trenes de mercancías que se dirigen al norte, a Amiens, y que descendiera en Beauvais, antes de finalizar el trayecto. No se explica de otra manera que una semana después apareciera en Cempuis, un pueblecito del cantón de Grandvilliers al que sólo se accede por carreteras secundarias.

A aquella hora la plaza estaba desierta. Siguiendo una calle de soportales, sus pasos la condujeron hasta la verja de un edificio de ladrillos que le conferían cierto aire fabril. A su alrededor se extendía un patio terrizo y desangelado, en uno de cuyos extremos pretendían sacar adelante una modesta arboleda, de plantones todavía inciertos. En otro de los rincones se divisaba un alpende, a cuyo resguardo se encontraban los aperos de jardinería, a más de una serie de artilugios para la práctica de la gimnasia: un balón de cuero, un aro de contorsionista, unas mancuernas y una soga para saltar a la comba, junto con algunas colchonetas de paja.

La cancela avisó de la intromisión con un horrísono chirrido de sus goznes. Sin embargo, la puerta principal cedió blandamente a la más leve presión, como si estuviera aguardándola. Antes de entrar, tomó nota de la placa de bronce fijada a la pared:

«Orfelinato Prévost». Cempuis

El vestíbulo era amplio, soleado por una claraboya que lo techaba. Las baldosas del suelo se notaban recién fregadas, tanto que causaba cierta aprensión pisarlas. Y las encaladas paredes del recinto transmitían una sensación de serena luminosidad, lustrosa hasta en los peldaños, los pasamanos o las manijas de las

puertas. Se diría que el mobiliario no era tan conciso por carencia de recursos como por no estorbar la diáfana presencia de la luz. Apenas un banco y un armarito de nogal, algunos tiestos de los que sobresalían geranios rebosantes de salud, y un tablón de anuncios atestado de notas y comunicaciones, ensartadas las unas sobre las otras.

Se le antojó incluso que aquella luz quizás tuviera un significado oculto, que fuera la meta astral de su injustificado viaje, cuyas escalas no hubieran estado sino preparándola para ese instante. Como un dardo, le vino al pensamiento el personaje de Moisés, el de la Historia Sagrada, impelido por las circunstancias que le rodean a cruzar el desierto y a jugarse luego el bienestar alcanzado, todo para emprender la demencial ascensión a una montaña, atraído por la voz indescifrable que sólo oye su secreta conciencia. Ella alzó el rostro, para dejarse bañar por la iridiscencia que filtraba el techo, buscando concomitancias con el fenómeno de la zarza que ardía a perpetuidad.

Justo en aquel momento oyó un murmullo de gente que le venía desde el otro lado de una puerta de cristales esmerilados. Hubo de volver sobre el verbo, *oír*, y repensarlo antes de darle crédito, antes de confirmar que en efecto aquel rumor de palabras circulaba de nuevo y a borbotones por sus oídos, como el agua por cañerías recién desatascadas. Tuvo que decirse en alta voz «vuelves a oír» para comprobar que los sonidos que percibía viajaban por el aire, y no por el interior de su cabeza.

Y, absorta en esas pruebas acústicas, abrió la puerta acristalada, encima de la cual había un rótulo que anunciaba el comedor. Éste era de medianas dimensiones, bien aprovechado por las dos filas de mesas, de recio pino, y cada una de ellas flanqueada por dos bancos corridos. Niños y niñas se sentaban juntos, y un cálculo aproximado le permitió cifrarlos en unos ciento veinte. El ambiente que reinaba dentro era acogedor, con láminas y dibujos colgantes de las paredes, pero algo le decía que en aquella estancia tendría que hacer frío durante todo el año,

sin que se viera estufa alguna con la que combatirlo. Cada niño estaba sentado ante un cubierto de madera con su servilleta de cuadros anudada alrededor. Encima de la ropa vestían una especie de parduzco guardapolvo de talla única, enorme para unos y estrecho para otros, aunque en cada caso luciera el distintivo de una letra bordada en la solapa.

Como no podía ser menos, cuando entró pararon todos de hablar, y se dedicaron a contemplarla con ojos de curiosidad. También ella los estudiaba atentamente. No tuvo que hacerlo de manera individualizada, visto uno vistos todos. Pues comparían algo más que el sobretodo color tierra. Todos eran, por ejemplo, igualmente flacos, de tez amanchonada, boca dentona y ojos asustadizos. Se parecían, salvando las distancias, a esos animales exóticos, que cuando pastan en manada resultan idénticos entre sí.

Bien es verdad, no obstante, que una más cuidadosa observación revelaba signos de lucha contra la adversidad congénita que los uniformaba, y la forma particular en que se sobreponeían a ella ayudaba a distinguirlos unos de otros. Los había que ponían especial cuidado en los rotos de las mangas, arreglados mediante zurcidos o primorosos remiendos. Algunos atendían preferentemente a su aspecto higiénico, y se peinaban el cabello, muy pulcro y asentado, con agua o con una especie de engrudo que de cerca olía a rayos. Otros se remangaban por encima de las muñecas para mostrar unas manos limpias, recién escamondadas en una pileta alrededor de la cual se arremolinaba un grupo que aún no había tomado asiento.

En el centro de cada mesa humeaba un caldero, del que los propios niños se servían en los cuencos que les correspondían. Ella tendió la mano y enarcó los dedos alrededor del que tenía más cerca. Estaba agradablemente tibio, pero antes de que pudiera alzarlo camino de la boca sintió una presa en su muñeca, que la inmovilizaba.

Siguió con los ojos el brazo de basta tela, se detuvo en la so-

lapa, donde había una *R* cosida, y ascendió hasta el diminuto mentón, que contrastaba con las pobladas cejas, impropias de una criatura. Temblaban por el esfuerzo, mientras se le perlabo la frente de un sudor súbito. Tampoco era propiamente infantil el empeño con que sostenía la disputa por el tazón. Mirándole a los ojos se diría que el muchacho era una caldera a punto de explotar.

—Ravachol, ¿es ésa la hospitalidad que les brindamos a nuestros visitantes?

La voz, un tanto meliflua, había surgido del fondo del comedor, y se acercaba a cortos pasitos. Al oírla, el chico aflojó inmediatamente la tenaza, permitiendo a la intrusa llevarse a los labios el cuenco, que en la pugna había perdido la mitad de su contenido.

Mientras tanto, el hombre se había situado junto a ella, y con el cazo volvió a llenarle el recipiente. El humo caliente le empañó las gafas y le enrojeció cómicamente la nariz, que tenía de boniato, grande y carnosa.

—Soy el profesor Paul Robin —se presentó.

—Se ha colado aquí con esos aires de señoritinga, y sin decir ni pío se zampa el caldo. ¿Lo ha sudado, acaso? —estalló la protesta que Ravachol no pudo contener—. ¡No tiene derecho!

—Pero tiene hambre —replicó Robin, con sereno tono de voz—. También vosotros la tenéis a veces, cuando no disponemos de suficientes alimentos para todos. Ya sabéis hasta qué punto amenaza la necesidad con degradarlo todo, las buenas maneras, las sanas intenciones, los principios incluso. No podemos exigirselos a quien quizás no ha tenido ocasión de aprenderlos.

El profesor se quedó contemplando a la niña, que sorbiendo ruidosamente apuraba aquel caldo, verde e insustancial.

—Estamos llamados a la búsqueda de la verdad. Y, sin embargo, es el hambre, y no la verdad, lo que nos haa... haa... hace libres.

Robin tartamudeaba cuando se metía a enunciar un sofis-

ma. Se le veía luchar con la sílaba encasquillada, mientras la concurrencia aguardaba en paciente silencio a que la escupiera. Tras dejar flotando en el aire la inquietud de un problema sin solución, se quitaba como ahora las gafas de miope, para limpiarlas concienzudamente, con gesto de culpable insuficiencia. Era de físico apocado, estrecho de hombros, la mirada melancólica y los labios siempre como mascullando una expresión de pesar, disimulada entre la espesura de unas barbas de profeta.

—No es lícito prejuzgar —agregó, reflexionando para sí, mientras repasaba el lamentable estado en que se encontraba aquella niña—. Puede que nuestra amiga no se haya presentado educadamente porque no sepa o no pueda hacerlo. Mañana se verá. Esta noche dormiré entre nosotros.

Lo hizo en un camastro de la enfermería, apenas un rincón del dormitorio comunal, separado del resto por una cortinilla. Los pupilos se durmieron pronto y sin ceremonia. Tan sólo un breve concierto de toses, algunas de ellas de timbre claramente tísico, que siguieron anunciando las horas de la madrugada con puntualidad de reloj suizo. Ella las escuchó todas, sin llegar a conciliar el sueño, dando una y mil vueltas en la colchoneta de borra. En ninguno de los descampados donde había dormitado últimamente tuvo, como aquí, la certera sensación de encontrarse fuera de su sitio. La que había experimentado al penetrar en el vestíbulo del orfanato, parecida a la revelación de una llamada, se le antojaba ahora un simple error de apreciación.

No supo en qué momento cerró los ojos y se encontró de nuevo caminando por el boulevard Berry, momentos después de que perdiera de vista las odiosas buhardillas del internado.

La longitud de la avenida empezaba a pesarle en las piernas cuando se encontró en una glorieta que le ponía un apresurado punto final. A partir de allí, las calles se estrechaban y el adoquinado no era ya tan regular. El paisaje ajardinado era sustitui-

do por otro más prosaico, de comercios, despachos e incluso algún aislado taller de artesano. Se paró a escuchar. Persistía el espeso silencio a su alrededor. Ni la gente hacía ruido al caminar, ni al hablar otra cosa que articular en vano los labios. Y eso que ese barrio debía de ser bullicioso, se veía a los transeúntes charlar entre sí mientras iban emparejados, y a los moradores mantener conversaciones de una puerta a otra, o llamar desde la ventana la atención de algún conocido que pasaba.

Paseó la vista por las esquinas del ensanche donde se había detenido, y no pudo dejar de leer lo que habían escrito en más de una cristalera: «¡ABAJO LOS JUDÍOS!», «DREYFUS TRAIADOR», «¡MUERTE A LOS ESPÍAS ALEMANES!».

Los rabiosos trazos se habían cebado particularmente con una sastrería y el escaparate de un librero, establecimientos que los brochazos habían convertido en blancos de sus denuncias antisemitas. Encontró idénticas leyendas en otros puntos de lo que parecía un tranquilo distrito de clase media, dedicada al comercio. Pensó que los dueños de las tiendas estigmatizadas estarían sin duda aguardando al anochecer para salir a borrar las pintadas.

Más allá del barrio pequeñoburgués, que dejó a sus espaldas, el entorno se volvía súbitamente rural, extendiéndose en una planicie de engañoso horizonte. Al principio era promisorio, la tierra verdecía a ambos lados de un sendero entre álamos que se ceñía al curso de un riachuelo. Pero, luego, a más de deshabitada se volvía ocre. Sin visos de tener fin, aquel campo intimidaba al mirar atrás, por la sensación inquietante de que tampoco tuviera principio. El terreno era pedregoso, y los guijarros amenazaban con perforar las suelas de los zapatos. Pese a todo, prosiguió, puesto que no podía hacer otra cosa. Era evidente que la humanidad había abandonado por estéril aquella tierra de nadie, que no empleaba ni siquiera como zona de paso. Lo confirmó cuando, al cabo de horas de marcha, alcanzó el apeadero de una estación.

Al otro lado de la vía férrea se asentaba un arrabal obrero. Una colonia informe de chabolas, construidas a base de latón, tablones apollillados, telas de saco y todo tipo de materiales de desecho. A la entrada del asentamiento, la brisa hacía ondear pancartas fabricadas con sábanas viejas. Contenían consignas como «VIVA LA CGT» o «¡DURO CON ELLOS, MAESTRO ZOLA!». Otra, de más prolija redacción, proclamaba: «YO ACUSO: A LOS EXPLOTADORES, A LOS PATRONOS Y A LOS POLÍTICOS CORRUMPIDOS». A una legua de distancia, ésta era la réplica a la propaganda del infamado honor nacional que había leído en el barrio acomodado. La de aquí estaba escrita con una graña voluntariosa, aunque plagada de faltas que ni siquiera a una niña le pasaban desapercibidas.

Levantadas sin orden ni concierto, las casuchas delimitaban callejones descuadrados y tortuosos, anegados de charcos donde fermentaban las basuras y chapoteaban algunos niños más pequeños que ella. Dado que la espesura de los matorrales le impedía rodear el poblado, decidió adentrarse en él. Apresurando el paso, adelantó a una procesión de mujeres, ensayadas y cabizbajas, que regresaban de su turno en alguna fábrica.

Y más adelante dio con la taberna, a aquella hora frecuentada por trabajadores de una cercana acería, que se delataba por el humo de sus chimeneas de ladrillo. Bebían junto con los peones de un aserradero, y con los mineros de una pequeña explotación hullera, la bamboleante lámpara de carburo aún colgada del cinto. Todos ellos tatuados por un sello de suciedad distintivo y gremial: bien fuera el cabello rebozado de serrín, la camiseta acartonada de grasa y sudor, o los cercos de hollín a modo de anteojos. Mientras abandonaban el tugurio semejaban un pelotón de prisioneros de guerra, todos arrastrando los pies al caminar, con un desaliento en las rodillas que era el invertido reflejo en el agua de su corpulencia. Como si el cuerpo fuera, antes que nada, un peso con el que debían cargar.

Allí donde terminaba el arrabal, se topó con media docena

de perros famélicos que removían los desperdicios con el hocico, y se quedaron inmóviles mientras la miraban pasar, seguramente temiendo que les arrebatara su ración. Pero ella no les prestó atención.

Cuando se halló de nuevo en medio del campo, estaba anocheciendo. La luz se volvió violeta a su alrededor, y sintió cómo aminoraban sus pies la frenética andadura que habían emprendido. Sintió también cómo se le amontonaban en la cabeza los violentos contrastes que habían desfilado ante sus ojos durante la jornada, y cómo se transformaban en una fatiga invencible. Entonces se dejó caer en el suelo, doblada sobre el vientre, como dicen que duermen los fetos en el claustro materno.

Muy de mañana, un tenue rumor de vestimentas le indicó que los huérfanos abandonaban el cuarto. Por la ventana los vio salir a un amplio patio trasero, para instalarse en unos cubículos que había adosados a la tapia. En cada uno de ellos se ejercía algún oficio. Distinguió a un chico haciendo de talabartero, a otro sentado en un minúsculo banquito de zapatero, claveteando suelas sobre la horma que sostenía entre los muslos. Una niña, de pelo mal cizallado, escopleaba un tablón que sujetaba un compañero. Justo al lado, como para recalcar que en aquel mundo se habían invertido los papeles, un muchacho de mirada perdida hilaba en una rueca.

Más allá de la sucesión de diminutos talleres cultivaban un huerto, a juzgar por sus dimensiones más testimonial que otra cosa. Algunos niños regaban, mientras otros, encorvados sobre los terrones, escardaban o recolectaban las contadas hortalizas que luego le echarían al caldo.

Un brebaje, al parecer, de consumo diario en la institución. El propio profesor Robin le trajo un bol para desayunar, junto con una patata cocida. Luego se quedó mirando la actividad de colmena laboriosa que reinaba en el patio.

—Aquí se imparten pocas clases de pizarra y pupitre. Es el contacto con las cosas el que más enseña sobre ellas. Y trabajar con las manos. El trabajo dignifica. Sobre todo cuando la comunidad trabaja para sí, y no para engordar a patrono alguno —señaló—. Hombres y mujeres, lerdos e inteligentes, jóvenes y viejos, todos trabajando codo con codo, para arrancarle a la naturaleza sus frutos y sus secretos. De cada uno según sus capacidades, a cada uno see... see... según sus necesidades. Eso es.

Hizo una pausa, no tanto por dejarla desayunar en paz como para que disfrutara del espectáculo descrito, una anticipación del paraíso que se hubiera hecho terrenal.

—¡Pobres criaturas! Toda su culpa consiste en haber nacido pobres. ¿Tienen por eso que cargar con las taras que llevaron a sus padres a la tumba? ¿Tienen que heredar la bajeza moral, la sífilis y el alcoholismo? ¿Tienen que ser amamantados con esa leche agria, como lo son los ricos con la que les lega la estupidez y el ansia de dominio?

Se sintió interpelada por aquellas preguntas, que el profesor ni mucho menos se estaba haciendo a título retórico. Entonces desvió sus infantiles ojos al exterior, buscando sinceramente conmoverse con el sentido de epopeya que su promotor le atribuía a la empresa.

Los huérfanos manejaban las herramientas con movimientos tardos y cansinos, de acuerdo con una secuencia que hubieran aprendido sin entusiasmo. Estudiando a aquellos niños, se advertía cómo la porcelana de la infancia exhibía los desconchados de la miseria, las calvas tiñosas, las secuelas de la polio, los esputos sanguinolentos que arrojarían. Pero lo más notable era la cara que tenían todos, como de haber perdido el pensamiento en algún lugar de su corto y triste pasado. Vendrían a ser, pues, no más que esqueletos forrados de piel.

Y esa suerte de «carencia de alma» era lo que impedía a aquella legión de desposeídos inspirar compasión. Sus ojos en blanco parecían transmitir que sus lacras les eran indoloras,

como las puntillas para el faquir. En cierto modo eran seres de «inclasificable» condición, que recordaban a los indios o los esclavos negros, cuyas facultades humanas habían llegado a cuestionarse.

Mención aparte merecía la vocación de piedad que embargaba al profesor, y a la que éste estaba en cierto modo obligado por coherencia ideológica. Después de todo, era él quien los hacía lavarse, peinarse y remendarse los desgarrones antes de cenar, seguramente para sentirse orgulloso de aquellos progresos que abonaban su teoría pedagógica. Roussoniano ardiente, postulaba que el hombre nace en un estado de bondadosa desnudez, que la propia vida va envileciendo con supercherías como esa de que nos aguarda un destino ya escrito. Cuando el destino venidero de cada uno no estaría escrito sino en las huellas que deja el pasado. Así pues, educar a aquellas criaturas, salvarlas del aciago futuro que les esperaba, eran propósitos que exigían borrar su pasado, con sus malsanos aprendizajes, con los funestos augurios que alimentaba, hasta con los recuerdos contenidos en él.

—Tábula rasa. Mejor huérfanos de los vicios que hijos... hijos de ellos.

Así era de categórico. Y, sin embargo, todo su discurso fluía como amenazado por el vertido de una duda que enturbiara la cristalina corriente de sus convicciones. Se quedó callado, en la actitud del cocinero impaciente ante la opinión que les merecerá a los comensales la receta que ha guisado. Miraba a la niña con ojos expectantes que tal vez, por inconcebible que pareciera, buscaban su aprobación. Debiera haber intuido entonces la frialdad con que sería acogido su afán por adoctrinarla.

—¿De dónde sales tú, pequeña? —escuchó ella susurrar al profesor, mientras posaba sobre su cabeza una mano temblorosa—. Te parecen a lo que llaman los católicos «un ángel caído». Pero no puede ser Dios el que te ha traído hasta aquí, porque Dios no existe. Tú sola has orientado, pues, tus pasos. ¿Qué andas buscando?